

EL TIRO DE GRACIA

34

FRANCIS BEEDING



COLECCION

Rastros

Atrapado en un complot para derrocar a los poderes que gobiernan Alemania, Gottfried von Falkenberg es encarcelado y condenado a muerte, pero engaña al pelotón de fusilamiento para escapar en un ataúd hacia la frontera suiza.

Ahora escondido en Suiza, necesita ayuda para llegar a la libertad sobre todo cuando los agentes alemanes detrás de él, se acercan. El Coronel Granby ha ido allí disfrazado para ayudar, pero la Gestapo sabe quién es. Es asistido por su subordinado, Peter Hamilton.

Emocionante, complicado, tremendamente excitante.

PRÓLOGO

Una nueva descarga de fusilería atronó el aire. El coronel Schneider trataba de sorber su coñac, que, en una garrafa de cristal, se hallaba sobre el escritorio al alcance de su mano. El recién ajusticiado era apenas un muchacho: no llegaba a los veinte años de edad.

El coronel, con ojos sanguinolentos, observaba los papeles que tenía delante de sí. La escritura, en letra gótica, no le parecía muy nítida; no la usaba con frecuencia por haber sido educado en un colegio de categoría, que, siguiendo lo moderno, prefirió en sus enseñanzas los caracteres romanos. Mas todo esto pertenecía al pasado; ahora el presente exigía la antigua y tan buena letra gótica. Y no por ser una orden, seriamente estaba en lo justo el *führer*: el pueblo germano es un pueblo superior.

Pero no veía muy claro esa escritura gótica; algo como un velo se interponía, y en este velo se dibujaba un rostro: el del recién ajusticiado. Tenía la boca retorcida, las mejillas exangües, los ojos nublados por el espanto. Cuando lo llevaron, esa boca quiso formular algo, pero no logró más que emitir una única palabra: «Piedad»; dos minutos más tarde, no, no llegaron a más de noventa segundos —el reloj de oro del coronel se hallaba en su escritorio delante de él— cuando se sintió el estrépito de la descarga. Eran muy hábiles los hombres de la formación S.S., y también muy gallardos. Ellos no perdían el tiempo inútilmente...

Sorbía lentamente su coñac y no retiró el vaso de sus labios hasta haber terminado su contenido.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el fragor de un disparo. Parecía que los hombres de la S.S., después de todo, no habían sido tan hábiles. Pese a los ocho hombres del piquete, el sargento había tenido que ultimar al muchacho con el tiro de rigor.

Crujía la silla giratoria al librarse del pesado cuerpo del coronel, que se dirigía a la ventana, abriéndola de golpe dejando entrar un soplo de aire fresco de junio.

—Sargento Fiedler —bramó como un león enfurecido.

Ruido de botas pesadas, y al instante apareció en la ventana una cara redonda con bigote rojizo sobre un cuello negro.

Satinaba el aire algo como olor a pólvora quemada.

—No saben sus hombres tirar al blanco —gritó el coronel, furioso consigo mismo, porque algo quebraba sus últimas palabras—. ¡Malditos del demonio!

—¡*Jawöhl*, señor coronel!

Desapareció la cara de bigote rojizo con la misma ligereza con que hizo su aparición. Algo más tarde el coronel podía darse por satisfecho, oyendo cómo el sargento Fiedler amonestaba al pelotón.

Con un movimiento del codo el coronel cerró la ventana. El ambiente que reinaba en esa oficina que servía también de tribunal, era sofocante, pero la ventana cerrada silenciaba algo de lo que pasaba en el patio. No le preocupaban tanto las descargas del pelotón, pero como no todos los hombres están hechos del mismo temple, había quienes no sabían morir con serenidad y en silencio. Tomó asiento para atender el caso inmediato.

—Prisionero, pelotón, ¡atención!, vuelta a la izquierda...

El sargento que dio la orden era un hombre con enormes anteojos, que movía continuamente la garganta, dando la impresión de tener dificultad al tragar un bocado tomado a la ligera. Tenía su voz un tono extravagante, chillón y poco agradable. El coronel ni siquiera recordaba su nombre.

Una mano blanca comenzó a mover los papeles que formaban pila sobre el escritorio. El coronel miró de soslayo a su empleado, Tomitius, a quien pertenecía esa mano blanca. No era trabajo para un jurisconsulto, pero fiel a su credo político cumplía con su deber, donde y como el partido le exigía. Tomitius era uno de los hombres de Hagen, había sido secretario del *führer*; vivía para el presente. Marcaba en la lista con un puntito colorado al que ya había pasado a mejor vida. El coronel Schneider levantó apenas la cabeza para mirar al prisionero. Tenía éste aspecto de un hombre que sabe tomar lo inevitable con calma y serenidad. De estatura algo más que mediana, cabello color castaño en que se entreveían las primeras canas, poseía una mirada tranquila y algo indiferente. Su boca era de rasgos firmes. Una magulladura en la mejilla izquierda y su uniforme negro hecho trizas delataba a las claras la resistencia puesta al ser hecho prisionero. Se encontraba en posición de firme delante de la mesa. El coronel Schneider se volvió a inclinar sobre sus papeles.

—¿Von Falkenberg? —gruñó.

—Sí; señor coronel.

—¿Gottfried?

—Sí, señor coronel.

—¿Nacido el 16 de febrero de 1896, en Koenisberg?

—Sí, señor coronel.

—¿El hijo mayor sobreviviente del general y de la señora von Falkenberg?

—Sí, señor coronel.

Un molesto silencio siguió a este interrogatorio. El coronel Schneider levantó la vista de los papeles para observar mejor al prisionero. De repente se dejó oír la fría y metálica voz de Tomitius:

—«Gottfried von Falkenberg, conocido íntimo de Rohm y Ernst, atentaba, el día 26 de junio, contra la vida de Julius Hagen, nuestro *führer* y canciller del Tercer Reich; testimo-

niado por el soldado Friedrich Fischer, miembro de la 122ª división de la S.S. en armas, ante el juez».

—¿Se declara culpable o no culpable? —preguntó, al terminar de leer el testimonio.

—¡No culpable! —respondió von Falkenberg.

El coronel Schneider se apoderó de un nuevo lápiz, que sacó de un pequeño estante que había sobre la mesa del escritorio, poniéndole entre los dientes. En el suelo podían verse los restos de otros tres lápices, mascados y destrozados.

—Lea usted la declaración jurada —ordenó; y la voz metálica de Tomitius comenzó a recitar.

El coronel se apoyó contra el respaldo de la silla giratoria, que crujió bajo el pesado cuerpo, y observó, una vez más, al prisionero. Hubiera podido éste ser un *führer* del pueblo germano, un gran capitán, a la manera de los junkers; de repente el coronel Schneider sintiose intranquilo, molesto, sentado en presencia de un noble. Pero reaccionó al instante; la sangre se agolpó en su rostro, coloreando sus mejillas, dándole aspecto de un gallo enfurecido. Ese hombre, a pesar de sus desplantes aristocráticos, era un traidor. Pronto sabría cómo él, que vivía para la nueva Alemania, trataba a los traidores.

—«Yo escuchaba a von Falkenberg —recitaba Tomitius de un pliego que tenía entre manos— conversando con Herr Rohm en la *Hofbrauhaus*, en Munich. Era como a las seis de la tarde. "¿Estamos ya preparados?", preguntó Rohm».

Y von Falkenberg contestó: «Estaremos listos en cuarenta horas. ¿Pero está usted convencido de que tenemos que dar este paso?». «Claro que sí», insistió Rohm. «Bueno, usted puede contar conmigo, yo sé cuál es mi deber», decía von Falkenberg. Mas se alejaron de mi lado y no pude seguir escuchando. (Firmado): *Friedrich Fischer*.

Un instante de silencio siguió a la lectura del testimonio.

—¿Qué tiene que objetar a todo esto, prisionero? —insistió el coronel.

Von Falkenberg se estiró un poco. Su figura pareció agrandarse.

—No he estado en el *Hofbrauhaus* a la hora que indica el soldado Fischer.

El coronel Schneider se esforzó en dibujar una sonrisa.

—El soldado Fischer no está en condiciones de dar más testimonios.

—Quiere decir, señor coronel, que el hombre ha sido fusilado.

—Sí, fusilado por alta traición; su delación no le eximía de las consecuencias. Sus declaraciones han sido hechas poniendo a Dios como testigo.

—¿Y usted aceptaría ese testimonio bajo esas circunstancias?

El coronel se puso más colorado aún.

—El soldado Fischer es intachable en su testimonio. Lo ha hecho por su propia voluntad. Está completado y efectuado teniendo en cuenta todas las circunstancias. ¿Niega usted haber criticado la conducta y política de nuestro *führer*?

—No he tenido nunca oportunidad de encontrarme con *Herr Hagen* —contestó el prisionero con toda tranquilidad—. Tampoco he hecho objeciones a sus órdenes y nunca he conspirado contra él.

—¿Así que esa declaración es falsa?

—En efecto, usted lo dice; es la declaración de un hombre condenado por alta traición.

El coronel Schneider se inclinó, dando puñetazos sobre la mesa.

—Las declaraciones —gritó— corresponden a los hechos. Usted es un traidor. Interponiendo intereses personales, estaría dispuesto a destruir a la patria.

El prisionero, frente a él, tambaleaba. ¿O era producto de su exaltada imaginación, el contemplar esa cara pálida

con mortal expresión de terror? Desechó, por fin, todo pensamiento. Moriría altivamente, pertenecía a su clase, a su rango.

—Usted es un traidor —repitió el coronel Schneider con voz ronca—. No perderé con usted más tiempo. La sentencia del tribunal es...

Una hoja de papel rozó su brazo. Tomitius la puso a su alcance. Mirola; era la sentencia, escrita nítidamente, en la que faltaba sólo poner la firma..., su propia firma.

Tembló la mano del coronel al rubricar el documento, mientras decía en voz alta: «El tribunal lo sentencia a ser fusilado, por traidor a la patria, dentro de una hora».

¡Dentro de una hora! ¿Quién había escrito esas palabras finales? No eran de rutina sesenta minutos de gracia. Miraba inquisitivamente a Tomitius, quien, con un movimiento de cabeza, asintió haberlas agregado.

—Dentro de una hora —repitió el coronel.

Von Falkenberg no se movía; mirábale firmemente.

—¡Pelotón! —gritó el coronel con voz sofocante.

—¡Mi coronel! —contestó el sargento.

—Llévenlo, y que pase el próximo.

Von Falkenberg se retiró de la sala con paso firme.

El coronel consultó su reloj; había empleado cinco minutos en ese caso: era demasiado tiempo. Algunas voces, amortiguadas por la ventana cerrada, se dejaron oír del lado del patio. Al rato se oyó la orden del sargento: «Tómennlo de los brazos si no puede caminar por sus propios medios».

Una cara amarilla, que en su expresión de terror no tenía ninguna semejanza con la de un ser humano, fue introducida en la oficina. El coronel Schneider extendió la mano para sorber otro trago de coñac, mientras Tomitius comenzaba a dar lectura a la ya bien conocida acusación.

* * *

Sin ninguna ayuda y con paso firme, Von Falkenberg caminaba entre sus guardianes, atravesando el corredor.

Era, pues, el final... Y nadie creería en su lealtad a la patria; ni siquiera el mismo Hagen. Un acceso de cólera sacudió todo su cuerpo. Por alguna razón incomprensible él tenía que sufrir las consecuencias por un personaje indigno al que le solidarizaba la causa común.

Dentro de una hora... Von Falkenberg se irguió aún más: ellos no le iban a vendar los ojos, ni permitiría que le atasen las manos. Notó, en serena observación, que el soldado que marchaba al frente del pelotón tenía una verruga y que de ella salían tres pelitos bastante indecentes. Pasaron delante de una ventana abierta, lo que le permitió echar una ojeada al patio, lo último que podía ver en este mundo. Había una muralla, bañada con la luz de un sol radiante, en que se notaban manchas oscuras a la altura del pecho de un hombre. Al pie de la misma, en el suelo, se retorcián algunos cuerpos en sus postreras convulsiones. Amargura de muerte se dibujaba en su boca, pero con un movimiento brusco de hombros se libró de esta impresión. Mirando ahora hacia el otro lado veía una puerta que daba acceso al patio.

Sentía pasos que no coordinaban con los suyos ni con los de su escolta, y que se hablaba algo detrás de él, sin que pudiera entenderlo.

—¡Pelotón! ¡Traidor, Halt!

Von Falkenberg frenó sus pasos automáticamente. El calor en el corredor se hizo insoportable. Otra vez se percibía la misma voz de antes susurrando:

—Esto es una orden, sargento; ¿no ve que está firmado?

¿Qué voz era ésa y a quién pertenecía?

—Reo y escolta, media vuelta, ¡mar...chen! —ordenó el sargento.

Aceleraba la escolta sus pasos, regresando por el mismo corredor, pasando por la ventana que daba al patio,

con su muralla bañada de luz y los cuerpos retorcidos en el suelo. Entraron por otro corredor, en que el aire era más respirable por estar protegido contra los rayos solares. Sentíanse pasos ligeros: era el sargento, que se adelantaba a la escolta con un gran llavero en la mano.

—Reo y escolta..., ¡paren! —ordenó.

Cumplieron tal orden al tiempo que Von Falkenberg pisaba los talones del soldado que iba delante de él. Después de probar varias llaves se sintió el chirriar de la cerradura al ceder y la puerta de la celda se abrió de par en par.

—No le queda más que un cuarto de hora —fue lo último que dijo el sargento.

Solo en la celda, Von Falkenberg oyó los pasos de la escolta que se retiraba. Aflojéronse sus músculos. Era la reacción a todo lo que le había sucedido en tan poco tiempo. Miró a su alrededor. No había en la celda nada que se pudiese considerar como mobiliario. En lo alto había una pequeña ventana rectangular que permitía ver un trozo de cielo azul. En el suelo podía distinguirse, en la penumbra, una pistola. En un rincón opuesto a la puerta se veía sobre un caballete un ataúd abierto y vacío.

Von Falkenberg respiró hondamente. Comprendió: tenía que hacerse él mismo justicia... Una concesión a su alto rango y a su alcurnia. Inclínose para levantar el arma; se puso firme. Por la pequeña ventana, en lo alto, penetraba un rayo de luz. Lo miraría en su postrer momento... Ya sentía el frío caño en su sien; acto seguido apretó el gatillo.

Solamente hubo un leve «¡clic!» metálico.

Pareció como privado del oído. Pero ¿por qué no se desvanecía el claro azul que se dibujaba en el marco de la ventanita? Su frente se perló de sudor. Puso el seguro a la pistola y la revisó. No estaba cargada, no había ninguna cápsula en la recámara. Abrió la tapa que retiene el cargador automático: estaba vacío.

Von Falkenberg trató de ordenar sus pensamientos. ¿Representaba esto una horrenda burla? ¿Pensaban hacerle

trizas espiritualmente? Recordó el ataúd y se acercó a él con paso firme. Percibíase algo blanco en la quebradura de la madera que lo impulsó a adelantarse. Era una fina cinta de papel, burdamente doblada e introducida en una hendidura. Abriéndola, leyó: «Colóquese en el ataúd, inyéctese una ampolla en el antebrazo; tráguese el papel. Todo irá bien».

Von Falkenberg revisó el ataúd. Era bastante grande y acolchonado con viruta de madera; arriba de éste, sobre una postal, una jeringa ya preparada. La tapa del ataúd, apoyada contra la pared, estaba provista de algunos agujeros aplicados disimuladamente en las esquinas. Instintivamente miró a la puerta. Sólo un cuarto de hora, le había dicho el sargento; no había tiempo que perder; formó una pequeña bolita con el papelito, haciendo no poco esfuerzo para tragarla. Su boca estaba seca, y siempre le había sido molesto tomar píldoras.

Acomodose en el ataúd; cedieron las virutas bajo el peso de su cuerpo, produciéndole cosquillas en la nuca; desnudó su brazo, aplicó la aguja de la jeringa y con leve presión dejó entrar el contenido de la misma en la parte indicada. Inmediatamente todo su cuerpo fue presa de un letargo agradable; paulatinamente desvanecíanse todas las sensaciones de vida. ¿Era esto la muerte o la extraña liberación de la muerte?

Una vez más miró al pequeño trozo de cielo azul; pero ya no lo veía tan claro... se desvanecía... Perdía fuerza, color y contornos... Sueño profundo le sobreveníá..., el olvido...

* * *

Alguien le hablaba, alguien le tiraba del codo. Un brazo le ayudaba a levantarse.

—Hombre, hágase fuerte.

La voz era de tono suave e insistía. Con un esfuerzo supremo, von Falkenberg logró levantarse. Se oía un extraño ruido, parecido al susurro de las hojas en un bosque.

—¡Pronto, prontísimo, hombre! Tiene que sacarse el uniforme y ponerse ropa de paisano. Sírvase, vístase con esto...

Von Falkenberg se irguió casi inconsciente; se encontraba en campo abierto. La oscuridad era completa.

—¡Pronto!... —repitió la misma voz.

Comenzó a quitarse el uniforme y a ponerse las ropas que le entregaron dos figuras que, en plena oscuridad, se adivinaban a su lado. Ya puesto el sombrero sintió cómo la misma voz de antes le decía:

—La frontera suiza está a cien metros... Documentos y dinero hay en el bolsillo del saco; hasta la vista y buena suerte.

CAPÍTULO I

Peter Hamilton hizo una pausa dejando el tenedor a medio camino, y lo hizo con dignidad porque Cynthia Helsby asió con mano firme su brazo.

—Si usted sigue comiendo así —le dijo— le va a costar mucho esfuerzo caminar una sola cuadra.

—¡Caminar! —repitió él—. No tengo la más mínima intención de moverme de aquí.

Y sin dejarse estorbar más, hundió de nuevo el tenedor, provisto de un trozo de pan, en aquella masa espesa que, en un recipiente de barro, burbujeaba delante de él. Consistía en una mezcla de queso y vino blanco, sazonada con algunos ingredientes. Desprendíanse pesadas gotas de las puntas del tenedor, y sacudiéndolas, apurábase a tomar el bocado.

—Este plato regional tiene mérito —dijo al instante—. Está caliente, satisface, es nutritivo y tiene un gusto especial. Comer de un recipiente común da la sensación de estar en familia. En conjunto; yo lo encuentro succulento y democrático al mismo tiempo —agregó al ver a su lado los ojos risueños de la muchacha.

Efectivamente, valía la pena mirarla. Tenía puesto un vestido de color verde, y su cabellera, de color rojo oscuro, cubría su cabeza como un yelmo de cobre. ¿Por qué vivía en Ginebra? Era menospreciar la juventud inglesa, permitiéndole irse al extranjero.

Peter Hamilton, en excelente estado de ánimo, miró a su alrededor en el local. La mayoría de la gente estaba, ce-

nando en el café «Palacio de Justicia», en el antiguo barrio de la ciudad de Ginebra. Le gustaba el ambiente de ese local, e invariablemente dirigía sus pasos hacia allá cuando la obligación exigía su presencia en la ciudad de Calvino.

Hacía apenas veinticuatro horas que cruzara en Basilea la frontera suiza, después de haber pasado un mes en Alemania, teniendo cierta relación con cosas y personas. Pensaba dirigirse directamente de Alemania al cuartel central de Londres, ya que había visto y oído varias cosas que podían ser de suma importancia para su maestro y amigo Toby, conocido oficialmente por coronel Alistair Granby, del Servicio Secreto, sección extranjera. Pero en Basilea le esperaba una carta. Parecía que Granby no se encontraba en Londres. Pasaba sus vacaciones, en compañía de su esposa, en Megève, High Savoy. Julia, la esposa, decía en su carta; habíase ido a casa, mientras él seguía en Ginebra, teniendo que hacer una visita a antiguos amigos: los Baxter.

Peter se extrañaba de que no hubiese otra razón por la cual Granby se quedara en Ginebra, pero con Toby nunca se estaba a cubierto de sorpresas. Quizá esta vez decía la verdad y era muy posible que no hubiese otro motivo para su estada en esta ciudad.

Granby le propuso encontrarse con él en Ginebra, y las proposiciones de un superior no son de menospreciar. Peter, obedeciendo este requerimiento hecho por correo, se encontraba en la plataforma de la estación de Ginebra con Cynthia. Ella le propuso dedicar esa noche a divertirse, ya que tan poco tiempo le dejaban sus obligaciones para tal objeto.

Y así, a las nueve horas y veinticinco minutos de la noche, se encontraba, en el café «Palacio de Justicia», en compañía de Cynthia, para tomar parte en algo que ella llamaba «la caza del tesoro».

Nada había que le impidiese emplear la noche a su gusto. Con Granby tenía que encontrarse a la mañana siguiente en la casa de los Baxter. Así, esa noche era un hombre li-

bre y lleno de interés por divertirse. En una «caza del tesoro» pueden suceder muchas cosas, más aún en una noche de verano.

—Vamos —dijo ella de repente, levantándose.

—¿Taxi? —le preguntó.

—Cualquier transporte mecánico está prohibido —le contestó, mostrándole una hoja de papel escrita a máquina.

—«Competidores: —leyó— pueden valerse del "Libro anual del estadista"; de la "Enciclopedia Roget"; del "Tratado de jurisprudencia médico-legal", del doctor Thorndyke; del "Diccionario Chamber"; del "Anuario de Pear", o de cualquier otra ayuda de esta índole, No se permite ningún vehículo de transporte mecanizado. Para el transporte de las obras mencionadas pueden valerse de un cochecito para niños».

—No siendo usted una obra de referencia... —observó Cynthia.

—No estoy tan seguro sobre este particular —agregó él —, en Borstal me tomaban por la enciclopedia humana.

—Pero no teniendo cochecito para niño —apuró ella— hay que caminar. Vámonos, se está haciendo tarde.

Cynthia puso la mano bajo el brazo de Peter mientras hablaba, cruzando, apurando sus pasos, la esquina de Bourg de Flour. La fuente de oscuro granito y las casas tranquilas daban a esta plaza aspecto de pasados tiempos, y se extrañaba de que todavía hubiese gente que vivía siempre hastiada. Como de costumbre, ya estaba otra vez sobre una pista, había que solucionar un asunto. Los había de sobra en los últimos tres años: el caso del «Cardinal»; el del «Conductor lisiado»; el del «Hombre sano»; el del «Secretario errante», entre muchos otros de menos importancia. Y para mañana, seguro que le estaba esperando otro asunto, teniendo que regresar a Alemania, provisto de todos los certificados necesarios para demostrar ser ario de pura cepa hasta la cuarta generación. ¿Para qué tenía que ir esta